

Erotismo y exotismo: morenas y negros en la escena nacional

Rebeca Monroy

Gabriela Pulido Llano, *Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana 1920-1950*, México, INAH (Científica, 557), 2010, 160 pp.

Un texto rico en imágenes y representaciones de lo propio y lo ajeno; un encuentro de la imagen móvil del cine con la música ágil de ritmos fuertes, meneos cadentes y una gran cantidad de estereotipos y tipos sociales, gestados a la luz del cine nacional desde la década de 1920 hasta la de 1950.

Tratar de resumir la riqueza de este texto a unas cuantas cuartillas es una tarea ardua, pues a pesar de que el libro es de lectura ágil, no se puede parar de leer el material; también es intenso por el tema tratado que nos narra de manera clara las formas y estilos en los que la cultura caribeña, en particular la cubana, ocuparon importantes puestos y se filtraron paulatina pero sustancialmente en la cultura mexicana, cinematográfica y musical del México del siglo pasado.

La historiadora Gabriela Pulido nos lleva por la entraña del mundo cubano de principios del siglo XX, a fin de comprender los acontecimientos políticos, sociales y culturales y la presencia de su ser

“nacional”, su construcción y deconstrucción como parte sustancial de la negritud, de lo mulato, de lo mestizo, todo lo cual tenía como intención final dar una identidad al mundo caribeño que constituía esa isla. Tal vez una especie de historia paralela con nuestro mundo posrevolucionario, pero acá nos queríamos ocupar de nuestro indios, del ser mestizo, que tenía poco o casi nada de los tonos de la negritud social, sino más bien mostraba los matices que la hispanidad nos legó, sobre nuestra tez morena.

En cambio para los cubanos, por encima de la hispanidad, era necesario construirse una historia profunda, de negros matices y muchos colores que rodeaban sus posibilidades socioculturales. Para ello, la autora nos intercala en el mundo de los literatos —esos grandes escritores de letras finas, hondas y palpables— que dieron una identidad y un destino a sus pergeños, para lograr una especie de unidad, de rescate y presencia de un mundo desdeñado y minusvalorado, por eso hacen acto de presencia Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Fernando Ortiz.

Lugar de letras en el que coincidían los intereses latinoamericanistas de esos años del siglo pasado. Sin embargo, los colores, los sabores y los olores tendrían destinos diferentes

hasta que la geografía y cercanía vincularan a estos dos países (Cuba y México) mediante los pasos que la música, los instrumentos y los ritmos imponían.

De esta manera, Gabriela Pulido describe en su estudio cómo llegó la rumba al país, cómo los bongoseros formaron parte sustancial de ese quehacer y esos rítmicos sonos que se impusieron primero en tierras yucatecas, luego en las jarochas, para arribar así desde los puertos hasta la tierra firme de la antigua Ciudad de los Palacios. También atestiguamos la presencia en escena de músicos inolvidables como Beny Moré, Bola de Nieve, cantantes como Olga Guillot u orquestas como Acerina y su danzonera, sin olvidar al Trío Matamoros entre muchos otros. Acá en el centro político del país, tendrían una gran acogida por profesionales y diletantes del paso rítmico de la zamba, la conga, la rumba y el danzón que vinieron a abrigar, o más bien “desabrigar, a las mujeres que sabían ponerle sabor y ritmo a sus vidas cadenciosas.

Fueron ellas, las mulatas caribeñas, como alguna que otra brasileña, quienes con sus pares mexicanas veracruzanas e incluso alguna chilanga de buen ritmo, hicieron factible que los negros bongoseros rítmicos, con los mulatos entre cuerdas y

vientos, dieran sentido a una serie de musicalizaciones de argumentos, canciones, bailes, sobre todo para las películas le dieron forma al celuloide nacional por varias décadas.

En el meollo climático del libro, la investigadora logra evocar la manera en que el cine mexicano cobijó y gestó una serie de elementos que diferenciaron al “otro”, a aquel que era “tan diferente a pesar de lo parecido”. Se gestaron estereotipos, se hizo la apropiación y el traslado de los mismos (el negro “bembón” en ese cine en blanco y negro, el blanco con sus apariencias y las mulatas y morenas en sus diferentes papeles sociales), a partir de sus tonos de piel presentadas en diferentes valores sociales y morales asignadas. Unos y otros desempeñaron papeles, estereotipos, en donde todos asumen sus roles, su negritud o blancura; los matices quedan fuera y hasta justifican con humor el racismo frente al “otro”, por ajeno... por distinto.

De esa manera, la historiadora Pulido ejemplifica cómo se pusieron en juego en las películas secretos, desdenes, prejuicios, valores, y se profundizaron heridas, pues tanto se defendía la oscuridad en la piel con un Pedro Infante querendón y desprejuiciado, como se podía hacer mofa de la negritud de otros, justificando por ello sus limitaciones, el carácter “cómic” del rostro pintado de Tin-Tán que envuelve de chiste al racismo, pero racismo al fin, por el simple hecho de tener un cierto color de piel imitable con un simple betún de judea.

En las páginas de este libro también se muestran aquellas mujeres del celuloide que presentan pieles tersas y tonos que van de oscuros a

medio claros, como resultado del mestizaje; asimismo, se presentan los estereotipos exaltados en la mulata y su erotismo mediante la cadencia sexualizada con los bailes y meneos, implicaciones también trasladadas del erotismo a lo exótico, resultado de ese cadente color oscuro de la piel, como bien lo analiza la historiadora.

Algunas de estas películas procuraban educar para evitar el prejuicio o las causas del desdén racista, tan bien y a veces tan mal disfrazado por el mexicano, pues bien sabemos lo que se padece en este país por ser moreno, por ser pobre y por ser indígena. Más aún lo saben aquellos que son afrodescendientes. Es así que el estudio que nos presenta Pulido nos lleva a replantearnos cómo influyó el cine en nuestros más oscuros pensamientos y nuestras más preclaras conciencias nacionales, bien mestizas y de tonos medios.

En su análisis, la autora nos señala cómo el cine procuraba comprender y suavizar el racismo, como en la película de *Ángelitos Negros*; otras que las hacían para reírnos, como *Calabacitas tiernas*. También hubo quien filmó para generar la atracción de la “otra exótica”, acompañada del sabor de la maldad que empañaría su felicidad, por exceder los límites morales. Ninón Sevilla, María Antonieta Pons, Amalia Aguilar, Rosa Carmina, la mexicana Meche Barba. Ellas se muestran a veces buenas, a veces aventureras, a veces mujeres fáciles de seducir y engañar (como si la extrema sensualidad empañara sus capacidades de raciocinio), otras veces triunfadoras, las más avergonzadas por sus poderes femeniles, todas ellas vistas como seres objetos,

sujetos sensuales, mujeres ajenas, la mirada de extrañeza sobre el otro... la otra. El estudio de Pulido deja en claro que lo que no era algo cotidiano en esos años de pudores malolientes —como el amor sensual, el erotismo, la sexualidad, las curvas de cuerpos perfectos, de pechos firmes y caderas amplias— generaron en directores y actores una atracción fatal que permeó el mundo de lo sensible y de los hombres y derrumbó el puritanismo de las mujeres de clase media mexicana.

Algunas de ellas imitaron sus meneos, otras los criticaron y tomaron distancia en un país pletórico de prejuicios. Estas películas dejaron una honda huella en el ánimo de las mexicanas al grito de “el cuerpo es tuyo, aunque tú no lo creas”. Otras, tomaron distancia para no ser como “aquéllas” que perdían frente al hombre su “dignidad y su virginal pureza”. Todas aprendían de la pantalla grande para evitar ser la chica mala, *cachonda*, perdida que acababa en el arroyo de la vida. Las mexicanas podían ver en las otras lo que tenían, pero se cuidaban de poner en práctica sus propias posibilidades.

Por su parte, el Estado permitía este doble juego de la doble moral que tanto le gusta practicar: un lugar imaginario que permite la sensualidad extranjera, pero no nacional; las mujeres de acá son recatadas en el hogar y tienen hijos para los concursos de diarios nacionales. La sensual del cabaret era objeto de diversión y soltura. Una práctica que ha permanecido en el imaginario popular de algunos sectores sociales de la población. Películas que son clave inmejorable para entender la construcción de

lo propio y de lo ajeno, de binomios (como lo nacional y lo extranjero), y para comprender el tránsito del melodrama a la comedia, del amor al odio, así como las figuraciones entre la traición y la lealtad... lo tropical sensual incontrolable a lo racional urbano “modernizado”.

Estudios como éste, hechos desde el ámbito de lo cultural, que transcurren por la historia de la mirada, dan paso a una mejor comprensión de cómo nos hemos construido. Bajo la mira directa de Ricardo Pérez Montfort, este libro

surge con un rasgo característico en el rastreo de fuentes secundarias y primarias novedosas como las filmicas, que dejan una huella profunda en los estudios de historia cultural y social del país. A su vez, aportan elementos distintivos, conformando una escuela mexicana de historiadores que anuncia una gran riqueza, pero sobre todo un camino a seguir. Gabriela Pulido forma parte de esa generación, pero además corrobora que somos nuestro tema, y con cadencia, rítmica y ritmo nos da cuenta de una veta rica en materiales preciosos,

de igual manera que este libro vislumbra importantes aportaciones al mundo y a la historiografía. Gabriela Pulido deja ver con mayor profundidad la mezcla universal y local de dónde venimos, para elegir con mejor certeza a dónde queremos llegar: como un país en constante construcción de su identidad a través de sus semejanzas y diferencias que se deslinda cada vez más, gracias a estudios como éste. Lo hace con vehemencia y certeza del “ser oficial” que nos han querido vender a costa de nuestra propia integridad.

Los ateneístas antes del Ateneo

Anna Ribera

Susana Quintanilla, “*Nosotros*”. *La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2008, 358 pp.

Dice E.H. Carr en *Los exiliados románticos*, que todas las generaciones son generaciones de transición. Hay algunas, sin embargo, que transitan entre mundos aparentemente irreconciliables, como la que vivió la convulsa década en la que Méxi-

co pasó del Antiguo Régimen a la Revolución de 1910. En el libro de Susana Quintanilla, “*Nosotros*”, se reconstruye el mundo en el que se formó la generación intelectual del Ateneo de la Juventud, generación de transición si la hay, antes de iniciar su travesía, su propia transición desde la paz porfiriana hacia el México de la Revolución, en el que muchos de sus integrantes señalarían y definirían las rutas de la vida intelectual.

Savia Moderna, revista que empezó a circular en marzo de 1906,

financiada por Alfonso Cravioto, reunió a un importante número de jóvenes escritores cuyas edades oscilaban entre los 17 años de Alfonso Reyes y los 35 de Marcelino Dávalos. Nombres como los de Jesús T. Acevedo, Rafael Cabrera, Antonio Caso, Eduardo Colín, José Joaquín Gamboa, Nemesio García Naranjo, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Manuel de la Parra, Abel C. Salazar, Enrique Uhthoff, Rubén Valenti, Emilio Valenzuela, Jesús Villalpando y Ángel Zárraga se vincularon a la publicación que